

UNO MUESTRO UNO

Argentina: el lustro genocida

El gendarme del sur

Guillermo Almeyra/I

Hace un lustro los militares volvieron a tomar el poder en Argentina, esta vez para instaurar un nuevo proyecto económico para el cual el genocidio y la institucionalización de la dictadura resultan funcionales, indispensables.

La conmemoración del quinto aniversario por parte de los asaltantes del poder y opresores de Argentina coincide con el nombramiento, por sus pares, del ex comandante en jefe del ejército, general Roberto Viola, responsable de innumerables asesinatos realizados según órdenes jerárquicas (por confesión de sus subordinados), como nuevo presidente del gobierno militar y con la tentativa, en el país y en el extranjero, de dar una nueva imagen a su régimen.

Viola, en efecto, con la colaboración de todos los partidos burgueses tradicionales, de la burocracia sindical peronista y del PC argentino, es presentado como una esperanza de apertura, de democratización al menos parcial. Y, en el exterior, busca aparecer como el hombre que trata de velar el abismo de sangre creado entre la dictadura y la opinión pública mundial con las desapa-

riciones, aclarando la suerte corrida por algunos de ellos y declarando oficialmente muertos a los demás.

Lo malo es que, en el terreno internacional, Argentina ha ofrecido tropas para combatir en Afganistán, ofrece dar apoyo a Savimbi en Angola (tal como quiere Reagan), ofrece tropas y apoyo incluso para El Salvador (por boca del general Saint Jean), promueve el Pacto del Atlántico Sur con Sudáfrica. Lo malo es que, Argentina dio el golpe en Bolivia y sostuvo a Arce, drogadicto y semidemente torturador, apoyó y armó a Somoza. Lo malo es que tras pedir dos laudos sucesivos al conflicto con Chile (el de la reina de Inglaterra y el del Papa) los rechazó a ambos porque, aunque la guerra con Chile sea contraria a la política que determinó el golpe (ruptura de la unidad de la clase obrera y de la alianza de ésta y la clase media, destrucción de la pequeña y mediana industria nacional) el clima bélico es indispensable para mantener la unidad del ejército, la represión, el ambiente de excepción con su corolario de desorganización y desmoralización de las masas, e incluso la es-

pada de Damocles de la acusación de traición a la patria en peligro para quienes quiera perseguir. Lo malo es que el supuesto nacionalismo de los primeros tiempos (el nacionalismo reaccionario de la dictadura que, por sus propios intereses, se apoyaba en los capitales europeos y en la URSS para enfrentar a Estados Unidos) cede ahora el paso a un alineamiento con Reagan que, incluso, puede crearle problemas a Buenos Aires en sus relaciones con Brasil (que necesita distanciarse de Sudáfrica y no puede atacar a Angola ni Mozambique ni intervenir en Centroamérica a la vez por su deuda externa y por la necesidad de comerciar con África y con los países árabes, y por su situación interna). Lo malo es que Argentina se ha convertido en productor y vendedor masivo de armamentos (por supuesto, a los gobiernos más reaccionarios) y promueve con todo brío una industria nuclear que sólo se justifica (en un país que tiene autoabastecimiento petrolero y que exporta energía) por sus objetivos militares y por su voluntad de liderazgo sobre el Cono Sur, América del Sur en general y, como gendarme al servicio de Estados Unidos, como capataz armado en América Latina.

Es un poco difícil, pues, que los publicistas del régimen (en las agencias de la Sexta Avenida o en las oficinas de los partidos en Buenos Aires) logren engañar a la opinión pública mundial. Viola, aunque vestido de seda, Viola se queda.